

presente, dan por descontado la posibilidad de superarlos, lo anuncian.

Como los otros maestros que antes orientaron o contribuyeron a perfeccionar a Chile, Alejandro Venegas y sus pocos, pero buenos discípulos, continuarán clamando su mensaje augural.

Como aquélla—y esperamos que levantando eco en toda América—resuena esta voz de faro, de flecha y de estrella, de Domingo Melfi!

Que no caiga en desierto.

Que la multipliquen los ecos de nuestro fervor, de nuestra esperanza y de nuestro entusiasmo!

(Trasmitido por radio «Internacional C. X. 10 de Montevideo», 1935.—MONTIEL BALLESTEROS,

LEJANÍAS EN EL DESIERTO, por *Estela Miranda*. Imp. Nascimento. Santiago.

Una luz suave, penumbrosa, vaga como el canto de un pájaro en la hora del atardecer, a través de los versos que Estela Miranda ha reunido en este volumen. No hay en ellos, júbilo, ni cantos apasionados, que traduzcan ansiedades quemantes que se exterioricen en gritos agudos y lacerados. Son más bien armonías recónditas, voces melodiosas ensordinadas de melancolía evocadora. Brotan de la sensibilidad: suavemente, dulcemente, como si la poetisa viviera en un estado permanente de recogimiento ajeno a la realidad de la vida.

Y es que Estela Miranda, por una serie de circunstancias dolorosas ha hecho una intensa vida interior. La alegría de su juventud se vió tronchada muy pronto por algunos males físicos que la obligaron a abstraerse de cuanto es amable, en esos días en que el alma siente rebullir adentro, coma pájaros locos, el llamado jocundo y esperanzado del mañana prometedor. Para ella, debido a su precaria salud, ese camino fué esquivo, incier-

to, ensombrecido por la inquietud constante de no saber si ese vaso frágil en que se asilaban sus sueños sería capaz de resistir los rudos zarpazos con que la existencia la ponía a prueba.

Todo este dolor, toda esta lucha fué formando el rico venero que guarda su espíritu. Los sufrimientos los transformó en armonías, y el pasado fué entonces en ella, como un dulce remanso de transparencias en donde vió dibujarse una realidad hecha de leves sombras nostálgicas en donde palpitaban sus anhelos, como los latidos de un instrumento musical. Y entonces con palabras diáfanas y sencillas, empapadas en verdadera y limpia emoción, deja correr como un hilo de agua clara, sus anhelos, en que se advierte a la vez una resignada comprensión de la vida:

Cómo espero el afecto de una alma comprensiva,  
que uniendo su dulzura con mi desolación,  
quiera serme baluarte, frente a mi propia vida  
y perdonar lo áspero que guarda el corazón.

El temperamento poético de Estela Miranda se caracteriza por la delicada suavidad de su expresión. Su tristeza jamás toca las lindes de amargura ni del escepticismo. Por el contrario, mientras más se afina su instrumento poético su canto gana en hondura y en matices emocionales. Huye entonces de lo esencialmente humano y hace que su espíritu vuele a través del espacio y se encante con el milagro permanente de la naturaleza. La voz del viento, el oro del otoño, la belleza eterna de los cielos y la fresca claridad del agua que burbujea bajo el follaje, tiene armoniosos latidos en su sensibilidad. Una especie de dulce voluptuosidad inunda su espíritu. Se diría que hay en ella el deseo de aspirar aromas desconocidas, visiones imaginadas en horas de pensativa quietud. Dejar que el alma se vaya a vagabundear en visionarias errancias, bajo la luz de otros cielos, sin buscar nada en el pasado, ni pedirle nada al mañana,

Llegar hasta los pueblos lejanos y apartados, visitando otros mundos, conociendo a gentes, fondeando en cada puerto, sin detenerme nunca a mirar el pasado, llena de paz el alma y esperándolo todo del porvenir incierto.

Este primer libro de Estela Miranda, es una hermosa manifestación de las ricas facultades poéticas que atesora su alma. Poseedora de una fina sensibilidad, y de una sólida cultura, que amplía los horizontes de su inspiración, tiene por delante un bello camino por recorrer. Su libro es el primer latido de un alma juvenil que habrá de florecer y definirse en obras futuras, en forma espléndida. La lectura de sus versos nos deja una agradable impresión de dulce tristeza contenida. Su canto ha de alzarse muy pronto con vuelo más alto y seguramente más fervoroso y apasionado.

Creemos estar en lo cierto al augurarle un puesto señalado en la lírica chilena, pues su libro es la anunciación de concepciones más ricas en vibraciones interiores, en elocuencia poética e inspiración expresiva. Ella misma lo está deseando en esta bella y delicada estrofa:

Quisiera ir a ti, rica en dones del alma  
con las manos oscuras bendecidas de sol,  
tener la transparencia delicada del agua  
y dejarla en tu vida como ofrenda de amor.

Una bella ansiedad que Estela Miranda habrá de alcanzar plenamente.—LUIS DURAND.